



Vía Crucis Hermandades. Preparación de la JMJ.

Procesión de la Cruz de los Jóvenes, Icono de la Virgen e Imagen del Cristo de la Esperanza

Miércoles 23 de marzo de 2011

Queridos hermanos/as:

Con profundo agradecimiento al **“Cristo de la Esperanza”** y con verdadero gozo interior, podemos decir que este **Vía Crucis** ha sido un acontecimiento único, una gracia de Dios. Único por dos razones. La primera, por la presencia en él de la Cruz y del icono de la Virgen que presidirán finalmente la celebración de la **Jornada Mundial de la Juventud**. La segunda porque no sabemos si alguna otra vez se vivirá este ejercicio piadoso de las **Hermandades** contando con la presencia de la **Cruz de los jóvenes**, algo realmente difícil pues tendría que coincidir con una nueva visita a nuestra Diócesis en los primeros días de Cuaresma.

No hay duda de que ha sido empeño del Señor, que no quería que la Hermandad de la **Vera-Cruz**, con sede en la capilla consagrada a la Cruz por el primer obispo de Jerez, hiciera su recorrido devocional sin la Cruz del Papa Juan Pablo II, que fue a su vez quien erigió la sede de esta nuestra Diócesis de Asidonia-Jerez.

A lo largo del **Vía Crucis**, recorriendo las diferentes **“estaciones”** portando la Cruz, hemos podido meditar y contemplar la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo; profundizar en los sufrimientos de Jesús; en su pasión, que no fue solamente física, sino que fue también emocional y espiritual, alcanzando todo el ámbito de su hondura personal y religiosa.

Y hemos podido entrar de una forma especial, de la mano del **Stmo. Cristo de la Esperanza**, en la colina del Calvario. En ella, se han oído de nuevo los insultos y el grito rebelde del ladrón desesperado, increpando al mismo Dios a que demostrase al mundo su divinidad. A su vez, hemos podido escuchar la voz de San Dimas, el buen ladrón, reconociendo la inocencia del Señor y pidiéndole auxilio apelando a su realeza compasiva y generosa.

Dos actitudes: una de hostilidad y otra de petición de clemencia. Una de insulto y separación y otra de cercanía. En definitiva, estos dos personajes –en todo el drama de sus vidas erradas y rotas- nos dejan la evidencia de lo que hemos podido constatar a lo largo de todas las estaciones del Vía Crucis: la certeza del poder **devastador** del pecado y al mismo tiempo, la seguridad del poder **sanador** del amor de Dios.

Jesús, que desde el comienzo de su ministerio, habla de **«su hora»** (Jn 2, 4), para la cual ha venido (cf. Jn 12, 27); y que saluda con gozo, según exclama al inicio de su pasión: **«Ha llegado la hora»** (Jn 17, 1), nos muestra que ha entrado en el entramado de esta historia herida por el poder del mal y sus consecuencias; ha dejado que el peso y la violencia de nuestras culpas hicieran mella en Él, abatiéndolo en tierra y finalmente clavándolo en la cruz.

Por eso, mirando a Jesús se percibe claramente lo destructor que es el pecado y lo quebrantada que está la familia humana, es decir: ¡Nosotros! ¡Tú y yo! Es el recuerdo de este hecho lo que la Iglesia guarda celosamente y confiesa en el Credo: después de afirmar que el Hijo de Dios **«se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre»**, prosigue **«y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado»**.

Sin embargo, Jesús no se ha bajado de la Cruz ni ha tomado el camino de la lucha y el combate contra toda la humanidad prepotente, soberbia y desafiante, sino que ha reaccionado a nuestro orgullo con su humildad; a nuestra violencia con su mansedumbre; a nuestro odio con el Amor que perdona: la Cruz es el acontecimiento a través del cual entra en nuestra historia el amor de Dios, se hace cercano a cada uno de nosotros y se convierte en experiencia que regenera y salva.

De la Cruz de Cristo no ha salido nada más que Amor y perdón, expresados en las pocas palabras que pudo pronunciar en aquellos momentos. Así hemos podido escuchar: **“hoy estarás conmigo en el Paraíso”**, es decir, la humildad y la fe es el camino de la divinidad y de la eternidad. O, también: **“Padre perdónales, porque no saben lo que hacen”** (Lc 23, 34). En aquel ambiente, tras aquellos acontecimientos, ante aquellos hombres reos por haber pedido su condena y haberse ensañado tanto contra Él, ¿quién habría imaginado que saldría de los labios de Jesús aquella petición de amnistía tan gratuita y tan generosa? Mas, con todo, desde lo alto de la Cruz resonó la palabra: **“perdón”**.

Y es precisamente ése el tesoro que podemos ofrecer a tantos jóvenes ciegos y engañados por el materialismo reinante, para que puedan ser alcanzados por ese grito de Jesús, que sigue vivo entre nosotros.

Pero también en el Calvario se pudo saborear la victoria. La victoria reflejada en las palabras de Jesús cuando, en su último momento y elevando los ojos al cielo dijo: **“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”**. A pesar de sentirse privado de la presencia de su Padre, confiaba en Él. Y con María nos invita a confiar en el cuidado providencial de un Dios, Padre amoroso, que algunas veces, puede parecer lejano, pero que no nos abandona, sobre todo en las horas de oscuridad.

Por último, hermanos, acudamos a la **Santísima Virgen** para que sus lágrimas nos recuerden siempre que esto pasó por nosotros: por ti y por mí. **“Dios amó tanto al mundo que envió a su único Hijo”** a salvarnos de nuestras necesidades, cobardías y negaciones. No hay mayor amor que el de aquel que **“da la vida por sus amigos”**.

Por eso, que esa Cruz vacía nos impulse, pues, a salir al encuentro del Resucitado para que con su poder y su gracia podamos subirnos a ella y poder ser instrumentos de Dios y testigos de su amor en un mundo tan necesitado de esperanza, de fe y caridad.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez